



Selento Books

# VERDERAMA Y LA CIUDAD DEL FUEGO MALDITO

:=VERDERAMA:=



## Y LA CIUDAD DEL FUEGO MALDITO



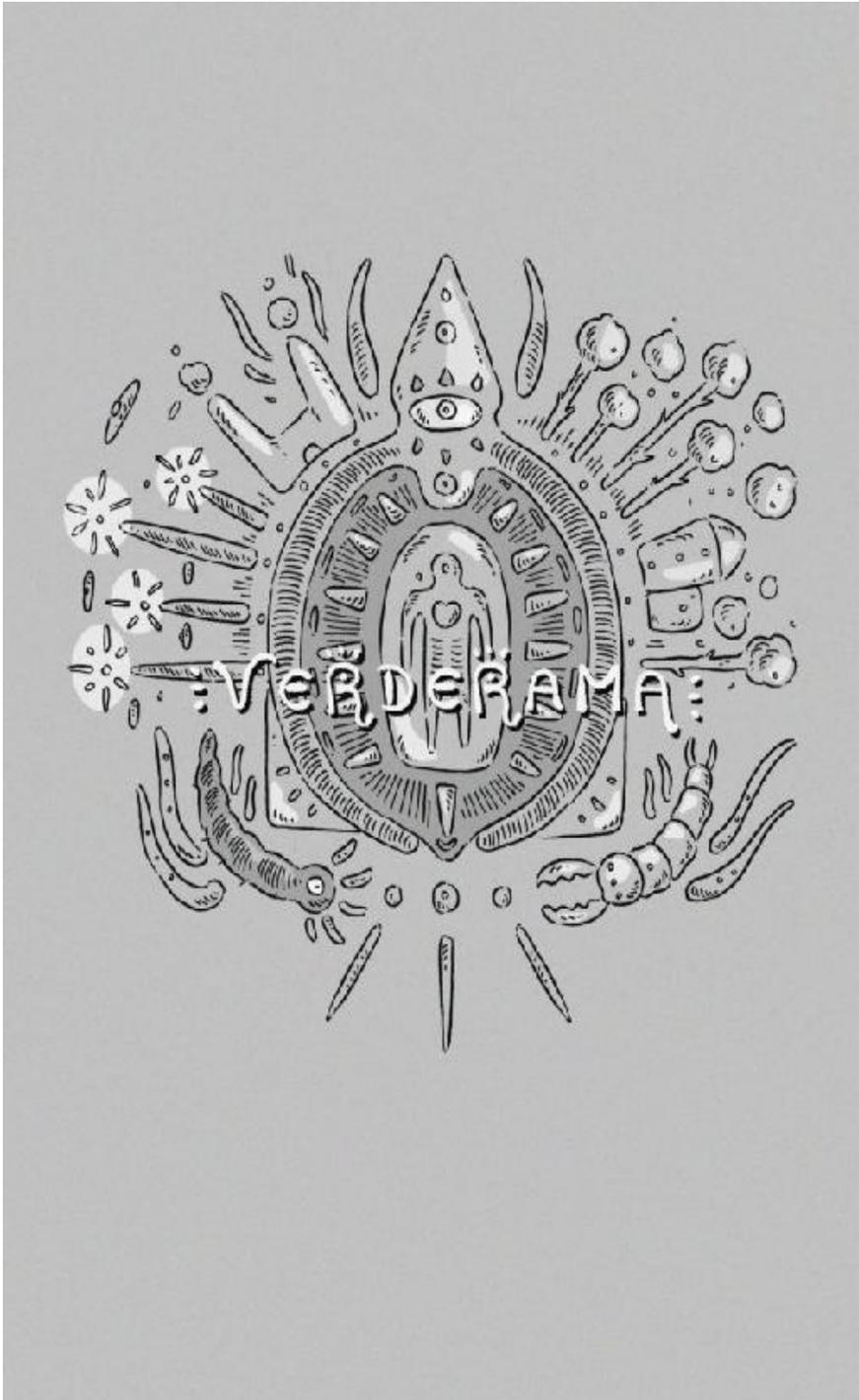
Selento Books  
[www.selento.com](http://www.selento.com)





© Selento Books, 2017  
[www.selento.com](http://www.selento.com)



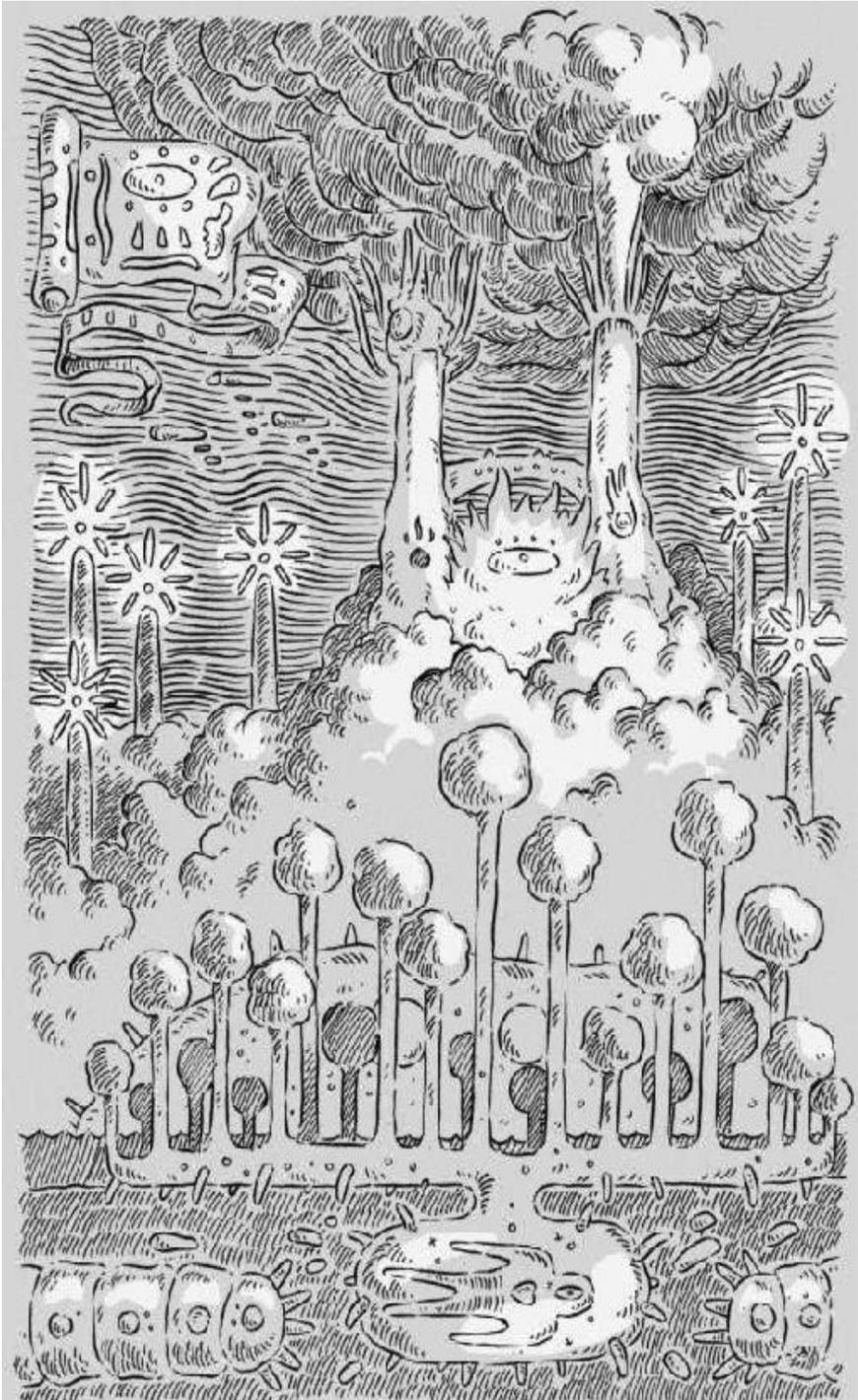


*La historia que vas a leer está grabada en una de las Siete Puertas custodiadas por el Último Mago.*

Un día nuestro mundo,  
con sus bosques, sus ríos y sus piedras,  
pedirá que se le escuche.  
Sólo quien pueda entender el murmullo de la tierra  
podrá comprender la importancia de todo lo que crece en  
ella.

Ese día se apagarán las máquinas de guerra  
y crecerán flores en sus cañones.





## -1- EL BOSQUE SAGRADO

¿Lo había visto alguna vez tan feliz? BarbaHoja miraba orgulloso a su hijo. Y no era para menos. Los ojos del muchacho brillaban de emoción y no dejaba de moverse encima de la barca. Estaba contagiándole los nervios.

—¡Es increíble, papá! —exclamó Musgo al contemplar por primera vez el Bosque Sagrado.

En las ciudades lejanas siempre se contaban los mismos cuentos a los niños. Que más allá de los valles, de las tierras y de las montañas, crecía un bosque tan grande como varios países enteros y tan delicado como una fina aguja de cristal. Era el pulmón del mundo, el que regeneraba los cielos y el que alimentaba los suelos. Y de sus semillas crecieron los demás bosques del mundo.

Tras las guerras que asolaron el mundo en la antigüedad, se creía que todo cambiaría, pero no fue así. Ni hubo paz, ni hubo esperanza. El sentimiento que llenó los corazones fue el mismo que había antes de la guerra. Por una parte, el de la codicia que todo lo quería y deseaba; y, por otra, el de una profunda nostalgia y tristeza. No habían aprendido nada de las guerras. Sobre todo en las bulliciosas Ciudades del Hierro y el Fuego. Allí nunca se vio con buenos ojos lo que la naturaleza podía ofrecerles. Si no era brillante como los diamantes o duro como el hierro, no les interesaba nada. Se alejaron de los bosques o los arrancaron de raíz hasta secar la tierra y convertirla en polvo y desierto. Como aquella abominación en la que estaban enfrascadas las Siete Ciudades que rodeaban al Bosque Sagrado en busca de un escurridizo enemigo que les había llevado a quemar todos sus bosques.

Pero hubo un pueblo que hizo algo diferente al resto. Vivía muy cerca del Bosque Sagrado, y su nombre era Frontera. Una aldea pequeña y trabajadora.

Harta que el bosque se manifestara con plagas que arrasaban sus cosechas, o hacían crecer verduras venenosas y llenas de hongos, decidieron dedicarse al cuidado del bosque y vieron que éste se lo agradecía con buenas y prósperas cosechas. Y poco a poco regresaron los insectos polinizadores y las flores a Frontera.

Durante siglos los Cuidadores de Frontera lo hicieron con la minuciosidad de un relojero y la pasión de un niño. Los trabajos pasaron de padres a hijos. Y quedaron en el olvido los tiempos de los Reyes del Bosque, cuando dos provincias se dividían el bosque, y al final acabaron desapareciendo debido a las guerras. Sin reyes que protegieran al Bosque Sagrado, éste quedó huérfano, desprotegido y lleno de ruinosos palacios enterrados en hiedra y musgo.

Cada cierta generación en el pueblo de los Cuidadores se iniciaba un ritual entre padres e hijos, en el que el hijo por primera vez entraba al bosque para ayudar a la limpieza y al cuidado de todo lo que crecía en él.

BarbaHoja era un QuemaHongos, y se dedicaba a exterminar los hongos parasitarios, aquellos que aparecían de vez en cuando para matar a los árboles, y cuyas esporas venían arrastrándose desde las ciudades que utilizaban motores de fuego y carbón.

Era el primer día en que BarbaHoja mostraba a Musgo a qué se dedicaba todas las mañanas en el bosque. Un trabajo que nada tenía que ver con los ágiles LimpiaAguas, los finos CuidaFlores, los fuertes RompeTroncos, los lenguaraces Animaliaticos, Pájarondinos, los Gusanorencos, o los HueleInsectos. La suya era de las pocas familias en la aldea que tenía el engorroso trabajo de extirpar las enfermedades más podridas del bosque. Lo que hacía BarbaHoja, y muy pronto comenzaría a hacer su hijo, era mucho más peligroso que lo que hacían el resto de Cuidadores. Aunque, también era cierto, que el padre de Musgo se pasaba temporadas sin hacer nada ya que la aparición de hongos era algo esporádico, cuando los vientos del Norte se levanta-

ban. El resto del año lo único que hacían era adentrarse en el bosque en busca de tumores malignos. Aquellos momentos de calma eran los mejores y más entretenidos. Como si fueran las antiguas Exploradoras que se internaban más allá del Límite. Aunque BarbaHoja no llegó nunca tan lejos, ni siquiera se había acercado al borde del Límite donde comenzaba la Zona Profunda. La *Antigua Guía de las Exploradoras* decía que no debían cruzar ciertas zonas del bosque sin la preparación adecuada.

Sin embargo, a ojos del resto de Cuidadores, no era el mejor de los trabajos. Cuando aparecían los QuemaHongos por el bosque no eran bien vistos. Llamaban al mal tiempo, decían. Estaba claro que a nadie le gustaba aquel trabajo, pero alguien tenía que hacerlo. Sus ropas olían a quemado, a ceniza y a la humedad putrefacta de los hongos. Y su respiración a través de las máscaras se escuchaba a lo lejos, como la llegaba de un enjambre de insectos.

La barca no hacía ruido. Acariciaba el agua cristalina que anegaba la mayor parte de aquella zona del Bosque Sagrado. El fondo se veía muy claro, como si la profundidad de aquellas aguas no alcanzara más que un brazo, pero fácilmente podrían ser de varios metros. Los LimpiaAguas, los LimpiaTripas, los Aclaradores y los Areneros habían hecho un buen trabajo durante las últimas décadas.

Sobre sus cabezas, un cielo repleto de ramas y hojas por donde el sol quería colarse dibujando cortinas y rayos de luz que llegaban hasta el agua. Se respiraba tranquilidad. No había ruido allí dentro más allá de los sonidos de la naturaleza. Tórtola, la más sabia de la aldea, decía que en el interior del Bosque Sagrado, en la Zona Profunda, el silencio era tal que los corazones llegaban a escucharse los unos con los otros, así como los pensamientos y los deseos, que viajaban sobre las hojas como mariposas de viento.

—Tu primer día de trabajo en el Límite —suspiró su padre. ¡Qué rápido pasaba el tiempo! «*Si tu madre pudiera verte ahora. Eres casi un hombre...*», pensó tan lleno de

alegría como de nostalgia—. Acuérdate, Musgo, cuando bajemos de la barca, abre bien los ojos y no pises donde yo no piso. Sigue mis pasos.

Musgo asintió. Era muy obediente. Aunque BarbaHoja sabía que no le había escuchado, pues estaba ensimismado con todo lo que le mostraba el bosque.

—Es el día más importante para un Cuidador —decía BarbaHoja mientras se mesaba la barba y asentía orgulloso con una sonrisa debajo de su espeso bigote—. Yo me acuerdo de mi primer día con el viejo TalloRojo como si fuera ayer mismo. Aunque yo no era tan joven como tú, ni mucho menos. Todas las épocas tienen sus cosas malas y sus cosas buenas, pero es cierto que durante mis primeros días el Bosque Sagrado no estaba tan limpio como ahora. Y si te parabas un momento a descansar, los hongos te crecían hasta encima de las botas. Éramos cinco familias enteras las que no dedicábamos a descontaminar este lugar: varios éramos QuemaHongos, pero estaban también los Purificadores de Agua, los Semilleros o los MataPlagas. Ahora solo quedamos nosotros, que nos encargamos de casi todo lo que nadie quiere hacer. Eso sí, no te aburrirás, hijo mío, llevamos meses con bastantes hongos, y no doy abasto. El viento del Norte viene últimamente más cargado que nunca de contaminación. Será por esas malditas guerras que ahí allí... El trabajo se me acumula, serás un ayudante perfecto.

Por primera vez desde que entraron en el bosque, el padre había captado la atención de su hijo:

—¿Esa época en que había más QuemaHongos fue antes o después de la desaparición de los Reyes del Bosque?

El padre se puso el dedo en los labios, y bajó el tono de voz a casi un susurro:

—No se pueden nombrar los Días Perdidos, el Bosque Sagrado lo escucha todo —le dijo—. Ciertas palabras y pensamientos pueden secar algunas hojas y producir hon-

gos que no queremos que aparezcan. Dice Tórtola que este lugar tiene memoria y oídos.

—Lo siento, papá —dijo Musgo tapándose la boca—. Se me había pasado. Es que estoy muy nervioso.

El padre sonrió tras la mullida barba. Era un hombre grande y de espalda ancha. Podría haber sido un buen RompeTroncos o BuscaTripas, aquellos que se dedicaban a sacar del agua la porquería que habían dejado las guerras del pasado. Muy parecido al trabajo que hacían ahora los LimpiaAguas.

—Nosotros, los Cuidadores, desde los CuidaFlores hasta los QuemaHongos, somos “uno” con el bosque. Lo cuidamos, lo peinamos, lo bañamos y él a cambio nos entrega las Semillas de JugoFruto, las hierbas que curan la tos o el Polen Purificador para nuestras pequeñas cosechas.

—¿Y por qué no todos cuidan del bosque? —preguntó Musgo envuelto en la capa verde que llevaban todos los Cuidadores.

—No te entiendo, hijo.

—Sí, la otra gente —dijo—. Aquellos que a veces pasan por el Camino de Arriba dando voces y de malhumor. Dicen que vienen de la ciudad.

—Bueno, eso es una pregunta para Tórtola. Yo solo sé, que nuestra tradición es antigua, y que según nos contó la venerable anciana hace mucho tiempo, todos y cada uno de los pueblos cuidaban del Bosque como hacemos nosotros ahora. Pero con el paso del tiempo y las guerras acabaron nublando de humo sus mentes y recuerdos —se detuvo, se inclinó hacia el bosque y pidió perdón por hablar de aquellos días. Después continuó—, y perdieron esa simbiosis que tenían con el bosque.

—Simbiosis...

—Sí, todos pertenecemos a todos. Eso es lo que la gente de las Siete Ciudades no entiende. El bosque, la tierra y el mar, y todos los que vivimos en este mundo, somos uno. Y no cuidar el bosque es lo mismo que hacernos daño